

Guillermo Knochenhauer

El ánimo de los electores

El electorado vota motivado, ante todo, por su percepción de lo que sucede entre una elección y otra. En todas las democracias sucede que la frustración de expectativas en cambios del entorno social (como las que despertó la elección presidencial de 2000), hacen que los votantes recurran al pasado, a referentes de certidumbre conocidos.

Las campañas no son lo determinante de la votación ciudadana, aunque no dejan de tener relativa eficacia cuando logran tocar estados de ánimo ya existentes en sectores amplios de la población.

Un buen ejemplo es la campaña del Partido Verde y su propuesta de pena de muerte a los secuestradores. Fue la única eficaz, no porque sea buena idea sino porque se han hecho más visibles la inseguridad pública y la impunidad, y en la sociedad se ha enquistado la sensación de desamparo ante la complicidad o ineptitud de las autoridades. El Verde supo explotar esa percepción social y alcanzó casi 7 por ciento de los sufragios, muchos más de los que merece.

Pero el mensaje sustantivo de la votación del domingo es de reprobación al gobierno por los motivos o percepciones propios de cada sector de la sociedad; ese mensaje está en los votos que recuperó el PRI, pero sobre todo en los que perdió el PAN.

El gobierno panista fue reprobado por variados motivos. Algunos sectores recuerdan que con el PRI circulaba más dinero, que había más actividad y

oportunidades de las que hay desde que gobierna el PAN; mucha gente no lo atribuye a la crisis o al mal manejo que han hecho de la economía nacional, sino a que "los del PRI robaban, pero no pretendían quedarse con todo como los del PAN".

Otro motivo es que al presidente Calderón se le percibe obesionado con su guerra al narcotráfico, de la que se encomia el mérito de enfrentar a la delincuencia, pero más de 70 por ciento de la gente piensa que va perdiendo esa batalla y que todo lo demás que importa en el país —la calidad de la educación, la de los empleos disponibles o de los servicios de salud— está sumido en el aturdimiento político y burocrático.

Hay desesperanza y enojo porque nadie parece estar a cargo de las urgencias de recuperar el crecimiento con calidad de la economía, de los empleos, de los salarios, de abatir la impunidad y su contraparte, que es la inseguridad. Se percibe falta de liderazgo y desánimo nacional.

Por eso y más perdió el PAN. El mandato de las urnas al PRI lo hace más responsable de lo que suceda durante los próximos tres años, mejora su perspectiva de ganar la Presidencia en 2012 y le da la oportunidad de restarle problemas al país que piensa que puede gobernar.

Definir los ejes de los cambios necesarios no es cuestión de buenas ideas, sino de correlación de fuerzas políticas. En materia económica y social, por ejemplo, es claro que México necesita reactivar el crecimiento, y como en todo el mundo que padeció el neoliberalismo se ve claro, no se crea más riqueza porque las clases medias no la pueden comprar.

Por eso el crecimiento económico tiene que ser compartido, para poder revertir el empobrecimiento de las clases

medias y propiciar la movilidad a esas esferas de quienes viven en la pobreza.

Avanzar en esa línea supone un Estado de leyes, democrático, fuerte. El Estado mexicano

se ha debilitado, en parte por sus obsolescencias institucionales, que no propician la colaboración entre los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial —ni en el orden federal entre los tres niveles de gobierno—, y en parte por el dismantelamiento deliberado de sus atribuciones regulatorias desde que se decidió transferirle a los mercados la rectoría del rumbo económico.

Quienes han aprovechado la retracción del Estado y la liberalización de los mercados, son poderosos intereses económicos nacionales y transnacionales, legales e ilegales, a los que hoy se identifica como poderes fácticos.

Componer la situación nacional exige acuerdos que se construyan entre diversas fuerzas bajo la hegemonía de las más comprometidas con el crecimiento, con la equidad y con las libertades democráticas. Ni el PAN ni el PRD de Jesús Ortega tienen méritos para convocar a esos acuerdos. El PRI está subdividido en facciones.

Manlio Fabio Beltrones, preocupado por el fortalecimiento del PRI, de los gobernadores y de Beatriz Paredes, se les adelantó para responder al llamado de Calderón al diálogo, diciendo que no hay agravio que no esté superado. Los gobernadores tendrán mucho más que decir.

Lo que es claro es que el PRI será corresponsable de que la economía vuelva o no a crecer, de la seguridad o inseguridad pública, de la equidad o mayor rezago social del país, y que lo que resulte pesará en el ánimo de los electores el 2012. ☐

knochenhauer@prodigy.net.mx

Profesor de la FCPS de la UNAM

